



Santa María Magdalena

Meditación de la Palabra

Jn 20,1.11-18.

LEYENDO A SAN AGUSTÍN

“Siendo igual al Padre, se ha hecho así, débil. Y sin embargo hay que reconocerlo en su misma debilidad, no por la visión, sino por la fe; y así lo que aún no podemos ver, al menos lo creamos, y creyendo en lo que no vemos, merezcamos también verlo. Con razón, ya resucitado, le dijo a María Magdalena, a quien se dignó aparecerse primeramente: No me toques, que todavía no he subido al Padre. ¿Qué significa esto? Poco después las mujeres le tocaron. En efecto, al volver del sepulcro, les salió al encuentro: lo adoraron y le abrazaron los pies. Los discípulos también le tocaron sus cicatrices. ¿Qué sentido tiene, pues, lo de: No me toques, que todavía no he subido al Padre? No creas de mí únicamente lo que ves, ni tu mirada se quede sólo con lo que tocas” (*Comentario al Salmo 58, 10*).

Para meditar

“Es mientras ella se arrodilla cerca de la tumba, con los ojos llenos de lágrimas, que Dios la sorprende de la forma más inesperada. El evangelista Juan subraya cuánto es persistente su ceguera: no se da cuenta de la presencia de dos ángeles que le preguntan, y tampoco sospecha viendo al hombre a sus espaldas, que ella pensaba que era el guardián del jardín. Y sin embargo descubre el acontecimiento más asombroso de la historia humana cuando finalmente es llamada por su nombre: «¡María!» (v. 16)... En torno a Jesús hay muchas personas que buscan a Dios; pero la realidad más prodigiosa es que, mucho antes, está sobre todo Dios que se preocupa por nuestra vida, que la quiere revivir, y para hacer esto nos llama por nuestro nombre, reconociendo el rostro personal de cada uno” (Papa Francisco, Audiencia General, 17 de mayo de 2017).

